

Cuentos & Cuentistas

Clive Sinclair y el alcance de nombre

El alcance de nombre constituye un fenómeno caprichoso en la historia de la humanidad. Infecta reputaciones y provoca confusiones, normalmente desagradables. Así por ejemplo, cuando yo digo que uno de mis ídolos es Michael Jackson, inmediatamente soy materia de befa unánime. Me ha ocurrido a menudo. “¿Te refieres al negro bailarín que se destiñó la piel de la cara, se mutiló la nariz y el labio, para parecer blanco?” me espetó con aire de asco el difunto Mauro Yberra. Y agregó, sin esperar respuesta: “Por favor, Leal, te está atacando la demencia senil”. Boris Mokos, el notable pensador apátrida, dictaminó: “¡Irresponsable! Cada mención volcada al papel y reproducida en la red, le hace ganar a ese asqueroso otro millón de dólares”. Exagera el amigo Mokos, si bien me deja meditativo, como siempre.

Ahora, no es que Michael Jackson me caiga tan rotundamente mal. Su música no me conmueve y menos su patética vida personal; mas lo reconozco como uno de los mejores bailarines de las últimas décadas. Pero no me refería a él. En su página web, el escritor y experto en cerveza británico Michael Jackson pone: “Hola, soy Michael Jackson. Pero no el mismo Michael Jackson. Sin embargo también ando en gira, para buscar las mejores cervezas del mundo”. Este es mi héroe, el mayor experto y crítico de cerveza del planeta y alrededores. Atención, aficionados al amargo elixir: no dejen de visitar su sitio www.beerhunter.com

Algo parecido acontece con Clive Sinclair. Cualquier interesado serio en la ciencia, en particular la informática, sabe que bajo este nombre (precedido de un título de nobleza, Sir) se cobija uno de los inventores destacados del Reino Unido. A los 18 años produjo la radio más pequeña conocida, la llamó Micromatic. Después inventó una de las primeras calculadoras electrónicas, uno de los primeros televisores portátiles, el primer microcomputador (ZX80) y luego el popular Spectrum de 1982, con pantalla a colores y sonido. Suyo es el primer automóvil eléctrico, un sonoro fracaso. Sigue inventando...

Interesante personaje, pero el Clive Sinclair de quien quiero escribir es otro. Menos conocido, aunque a su modo el resultado de un invento. Pues sí, tengo a la vista el No.7 de la revista inglesa de literatura GRANTA, que lleva por tema central “Best of Young British Novelists”, publicada en 1983 y comprada por mí, de segunda mano, un par de años después en Londres. Gracias a esa revista trabé conocimiento con una serie de autores que estaban empezando y que después serían, con justicia, célebres; y a quienes he leído con placer, cual más cual menos, por supuesto. Sus nombres: Martin Amis, Julian Barnes, William Boyd, Kazuo Ishiguro, Ian McEwan, Shiva Naipaul, Salman Rushdie y Clive Sinclair, entre otros. Este es mi Clive Sinclair, y de su obra de cuentista les voy a contar, tras tan largo preámbulo.

Luego de una novela publicada en 1973, titulada *Bibliosexualidad*, se hace conocer en 1981 por su volumen de cuentos *Corazones de oro*, agraciado con el prestigioso premio Somerset Maugham para jóvenes autores. Al año siguiente reincide con *Chinches*¹. Su más reciente colección es *The Lady with the Laptop* (1996), no traducida que yo sepa. (Vaya título oportunista, un guiño triple: al otro Clive Sinclair, a la moda, y a Chéjov, por cierto). Tiene otras novelas y ensayos, pero es un autor un tanto rezagado, por no decir caído en el olvido; aunque no es nada quedado en materia de negocios, ya que se ha dedicado a ganar becas, a dictar clases en las mejores universidades del mundo (con temas de taquilla: literatura gótica, novela negra, literatura del Holocausto, talleres de narrativa). Tampoco ha descuidado obtener doctorados y masacrar a escritores como crítico duro desde la prensa; aparte de ejercer como lector de editoriales (Penguin), una atalaya desde la cual se hacen y deshacen esperanzas o famas. Para coronar, es

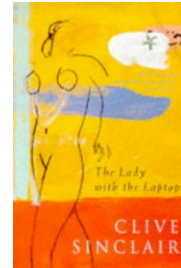
miembro de la *Royal Society of Literature*. Algún día conseguirá también su Sir, con tan brillante carrera.



¿Los temas de sus cuentos? Universitarios, sobre todo el cachondeo con las alumnas, a quienes su personaje (autobiográfico) seduce a punta de frases brillantes y poemas sugerentes; además se ocupa de la literatura en sí misma, en particular las dificultades para escribir cuando no hay talento; y de sus fantasías asesinas, con especial énfasis en la ejecución de nazis. En su cuento “Génesis”, título no casualmente bíblico, un escritor impotente sexual y creativamente, se consigue a un ángel para que lo apunte con la mujer y la escritura. El ángel es su otro yo, claro. Le hace también a las parodias, como en “El increíble caso de los crímenes del montón de galletas” el cual, previsiblemente, desemboca en otra historia universitaria... Su cuento “Chinches” trata justamente de esos bichos: “Sueño con carne atormentada y cuando despierto encuentro mi cuerpo plagado de erupciones. Viejo conocedor de los pruritos, le echo la culpa a mi cerebro, ignorante de los verdaderos responsables”. “Tzimtzum” especula con la doctrina cabalística según la cual la creatividad es una síntesis del Bien y el Mal.

Cantidades ínclitas de las majaderías propias de la cultura ochentera llenan los primeros cuentos de este autor, incluido esoterismo, disidencia anticomunista, magnates judíos, pediatras bromistas, siquiátras venales, líos de pareja de toda laya... En sus cuentos de los noventa mete reuniones internacionales, mexicanos pérfidos, feministas enredadas con musulmanes, personajes estresados con la identidad judía... En todo caso, Clive Sinclair es chistoso a ratos y diestro en el narrar. Le gusta tomar el pelo y manipular a los lectores. Si no tiene un final coherente, le pone cualquiera. Aparece con frecuencia en antologías, desde la ciencia-ficción a los testimonios médicos, como un fragmento de su autobiográfica narración *My Life as a Pig*, donde un enfermo terminal de los riñones reflexiona sobre la pérdida de poder sexual y la extraña afición que le ha venido por la máquina de diálisis.

En recuadro va un fragmento de su relato “Antics”, que fuera incluido en la mencionada revista GRANTA. He traducido “Antics” por “Travesuras”, aunque hay aquí un juego de palabras con *Ants*, hormigas (el término aplica también a otros insectos sociales, como abejas y avispas), que es el meollo de su relato, una suerte de recreación de *La metamorfosis* de Kafka, pero en un mundo en el cual todos somos insectos.



TRAVESURAS
Clive Sinclair
 (fragmento)

Tan pronto hube abierto los ojos, mi prometida requirió coquetamente un depósito. Invitación envidiable, pensarían ustedes, proviniendo de una tan voluptuosa como ella, pero yo me tomé mi tiempo. Más tarde, habiendo absorbido una multitud de afrodisíacos mientras libaba su néctar extramarital, mi apasionada inquisidora regresó. Sus fragancias almizcladas tornaron en traidoras mis membranas olfatorias, de modo que sacudí la cabeza para aclarar mi cerebro. Este acto involuntario fue malinterpretado como una señal negativa, y por ese motivo me salvé.

“Tú, bastardo de sangre fría” gritó mi futura esposa, “¡no eres mejor que un neutro!”. Y partió en solitario vuelo nupcial, desplegando su húmedo orificio frente a mí, mientras copulaba con mi invisible doble. Mis sentidos se movieron inquietos y mis terminales nerviosos tintinearón; mis instintos me urgían a capitular y mi cerebro estaba sobrepasado por el deseo; pero una voz incorpórea me aconsejó de otra manera.

“¿Recuerdas a tu padre?” preguntó.

“No,” repliqué.

“Nada sorprendente,” retrucó. “Él proveyó a tu madre”.

“Obviamente,” repliqué, “de otro modo no estaría aquí.”

“¿Cuál es el eufemismo que las hembras utilizan para joder?” preguntó.

“Ellas dicen que han perdido sus alas” respondí.

“Los machos pierden más que eso,” dijo. “Mueren”.

Palidecí mientras escuchaba la abominable verdad. “¿Quién eres?” le pregunté.

“Tu mente,” replicó.

“Imposible,” dije. “Los himenópteros no pueden pensar”.

“¡Tú sí puedes!””

Mi núbil consorte, ciertamente nada intelectual, continuaba masturbándose delante de mí. “No tienes alternativa,” lloriqueó, “entonces, ¿por qué no disfrutarlo?”. Ella estaba en lo correcto, sin duda. Porque éramos los últimos de la especie. Si yo fallaba en preñarla, era la extinción; y si lo hacía, estaba muerto. ¡Qué elección!

¡Oh, si pudiera solamente encontrar una razón para justificar mi existencia! “Reproducirse,” dijeron mis genes. Pero seguramente hay algo más en la vida que eso, ¿no?

¹ Ambos libros están traducidos por Editorial Anagrama, Barcelona.